

De actualidad



# LA TIMBA

La palabra "timba" la hemos tomado del catalán, y en esta lengua significa—así como "timbera"—, en su acepción primera y directa, despeñadero, derrumbadero, precipicio. Luego, en acepción traslaticia y más vulgar, casa de juego. Y ahora en que venimos hablando de lo que Maurra llamó el declive y nosotros el derrumbe de España, podemos decir que el reino de España es una timba, un despeñadero o derrumbadero, por el que rueda la nación. El reino de España es una timba. Y podríamos simbolizarlo, personalizarlo muy bien en un punto de timba, en un timbero.

Ved el escarpe peor de este derrumbadero, de esta timba: la campaña de Marruecos. Cambó, en su primer artículo sobre "El problema de Marruecos" en "La Veu de Catalunya"—el del día 13—, decía que la triste, la descorazonadora verdad, es que "continúa la campaña de Marruecos, porque no saben cómo acabarla; porque es más cómodo para los gobernantes de "hoy" seguirla que tener la decisión de ponerle término, aunque se tenga el íntimo convencimiento de que la prosecución de la campaña—¡de una campaña sin finalidad alguna!—lleve fatalmente a un desastre". Pero no es porque sea más cómodo, ¡no! Es por instinto de juego de azar, por mal espíritu de timba. El jugador, el punto, no acierta a retirarse del tapete verde hasta que no ha dejado allí las pestañas. Y a las veces sigue el suicidio.

Se ha querido explicar el desastroso fin de la campaña alemana en la última guerra, la terrible retirada del frente occidental, por la especial psicología de Ludendorff, psicología de jugador. Ludendorff jugaba sus últimas cartas a la guerra como estaba acostumbrado a jugar las otras cartas. Ludendorff era un jugador. Y despertaba la admiración de los jugadores.

Un jugador y no un deportista; porque el deporte, el "sport", es, señor, una cosa y el juego de azar—en inglés "gamble"—es otra. Un "gambler", un jugador, no es un "sportman", un deportista. Las corridas de toros, por ejemplo, es un deporte, un deporte bárbaro y entontecedor, pero no ha degenerado aún en juego. A las corridas de toros no se va, como a los partidos de pelota y a las carreras de

caballos, a apostar, y en las corridas de toros no cabe tongo. Mariano de Cavia proponía una vez que para reanimar la fiesta nacional se dividiese la plaza, el coso, en secciones y se apostase que tal o cual caballo de picador iría a caer en ésta o la otra sección, según su número. Pero Cavia no se percató que de un caballo de pica no se puede hacer un "Rubán" cualquiera. El trágico caballo de pica, el de nuestro deporte nacional, no es un caballito de juego de apuesta.

Y volviendo a la campaña de Marruecos, veremos que no se acaba porque en esta timba, en este despeñadero que es el reino de España, se sigue esa campaña como se sigue toda partida de juego de azar, por el desquite, por cubrirse y a menos perder. La suprema inspiración de esa campaña es desde hace tiempo una inspiración de juego de azar. La santiagada, la que costó la vida al pobre general F. Silvestre, fué una jugada azarosa. La más alta política de España, su política internacional sobre todo, es política de jugador, política de juego, pero no de deporte, de "gamble", y no de "sport", política de carreras de caballos y no de corridas de toros, de hipódromo y no de plaza, política hipodrómica y no tauromáquica. Nuestros políticos del reino hacen de jockeys y no de toreros.

Y así rueda España por el precipicio o derrumbadero, por la timba, que es más que declive.

¿Nos ha de sorprender ahora el favor de que en esta timba, en este despeñadero que es el actual reino de España, goza el juego de azar? El hecho de que hasta el presidente del Consejo de ministros apueste en las carreras por un caballo es un hecho simbólico. Y no se diga que eso no es azar.

No no es el deportismo lo que se ha traído a España. El juego de las siete y media, por ejemplo, no es deporte. Y luego esa media agregada a las siete es algo terrible, es un pico fatídico. Siete y media es un séptimo y pico muy agorero.

Bueno, pues la campaña de Marruecos no se sabe cómo acabar, porque se la lleva con inspiración de tim

ba. Cambó, en su segundo artículo sobre el problema de Marruecos, el del día 15, hablaba del falso concepto del honor que lleva al desquite. Pero suele ser un concepto de timba; es un honor de casa de juego. Y ya sabemos lo que quiere decir el honor entre jugadores, que se suelen llamar entre sí caballeros; ya sabemos que a la deuda de juego se le llama deuda de honor. Y el caballero jugador antes dejará morir de hambre a quien le da de comer que dejar de pagar una deuda contraída en el juego.

Ludendorff hundió a su patria más que estaba hundida por su inspiración de jugador. Y cuando estaba jugando su última jugada, la desesperada, se le admiraba aquí, en el reino de España, y se auguraba su victoria final. Y esto hasta donde se debía ya haber visto más claro. Nuestros estrategos, no estrategas, de mapa con alfileres abanderadas sobre tapete verde admiraban a Ludendorff—"Spieler"—, admiraban la disciplina militar tedesca, disciplina de casa de juego—los soldados, naipes o birlos—, admiraban la concepción política imperialista germánica que se cifraba en jugar con ventaja. Y esas admiraciones nos precipitan por el despeñadero, por la timba.

No sirve querer forzar a la fortuna. La política puede ser deporte, "sport"; acaso la más alta y noble política no es otra cosa. Lo que no puede ser la política es juego de azar, "gamble".

MIQUEL DE UNAMUNO



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S